

Relato desconocido de Rubén Darío sobre Pilatos

¡MISERIA!

Entre los gestos duros y bárbaros, entre las rudas frases de los soldados romanos -máscaras de ira o de ferocidad, en el cuadro trágico, - y las caras angulosas de los fariseos: delante de Poncio Pilatos, Cristo, Rey, nuestro, con la augusta mansedumbre del sagrado martirio, está de pie, los brazos caídos y atados, la frente sudorosa, la mirada ya en el cielo, ya en la tierra... La barba rubia, cae sobre la túnica, se estremece por instantes, en un vago temblor. Y en los labios silenciosos parece que fuese a florecer la más dulce y la más triste de todas las sonrisas.

No lejos, desde un hogar donde todo puede mirarlo, la mujer de Poncio mira con grandes ojos abiertos, la escena. Ella ha tenido la noche anterior malos sueños. En las horribles apreturas de la pesadilla, ha contemplado cielos sangrientos, signos de malos astros, amenazas siderales, cometas mensajeros de siniestros au-

gurias.

Entre tanto, la flaca alma de Poncio vaga en el recuerdo del pasado, vuela al porvenir, flota en la sombra, por no detenerse en la hora presente.

No quiere condenar al justo... quiere condenarlos... la compasión... el puesto público...; la furia del populacho en contra... Oh, pobre Poncio ¡Quién te hubiese dejado por siempre en tus campiñas de Lyon, en la lejana tierra maternal!

De pronto se alza sobre su silla de juez, y entregando a un ministro suyo una hoja escrita, alzó la mano para acallar los rumores que de un lado a otro del recinto iban y venían sor-damente...

Con clara voz leyóse:

Nos, Poncius, Pilatus, judex Jherusalem sun potentísimo Imperatore Tiberio Cesare, nobis sedente pro tribunali per zelum justitiae et sinagogoe populis Judeorum, prosentatatus est nobis Jhesus Naza-

renus qui temeraria assertione filium Dei se dixit, licet (de) paupercula muliere natus sit, el Regem Judeorum se proedicat, templum Salomonis destruere se jactat, populum a mosaica lege probatísima revocat, et omnibus vivis et probatis, eum nin crucis patibulo suspendum fore una cum duobus latronibus condemnamus Ite tenete eum...

Al renovar la última palabra brotaron de todas las bocas gritos de aprobación, Cristo, el Señor, fue conducido de la casa del juez.

Mas cuando el humano y divino mártir hubo desapareció, Pilatos, espantado, sintió tronar sobre su cabeza, semejante al grito de una desconocida tempestad, esta pavorosa palabra: ¡Miseria!

¿Quién pudo pronunciarla?

No fue la mujer, porque luego que Poncio fue en busca de ella, la encontró allá lejos, con la cabeza entre las manos, llena de miedo, pálida como una muerta.

- Colaboración de Lectores -